Manuel de Tuya

Promesa de una triple «venida» (v.15-26)

Esta sección última de promesas está estructurada a tipo, un poco amplio, de la «inclusión semita». Por eso, la exposición se hará por agrupación de ideas, en lugar de seguir un comentario paralelístico al desarrollo literario.

Todo el pasaje v.15-26 se desenvuelve bajo el tema del «amor». A los que le aman les aguarda una triple «venida».

Esta condición del «amor» para las promesas siguientes va hecha directamente a los apóstoles presentes, pero la proyección doctrinal tiene, seguramente, una portada universal.

Promesa de la «venida» del Paráclito (v.16.17.26)

Cristo rogará al Padre por los que le aman, amor garantizado con cumplir «*mis* mandamientos», que son los mandamientos de Dios —Cristo se pone en la línea divina— para que les dé «otro Paráclito». El sentido de esta última palabra puede ser múltiple, conforme a su etimología. En el N.T. sólo sale en Jn, y en su primera epístola tiene el sentido específico de «abogado», que es el sentido más ordinario, junto con el de intercesor, con cuyos sentidos aparece en la literatura rabínica. Pero puede tener otros sentidos distintos. Para valorar su sentido en este contexto hay dos elementos.

Uno es que Cristo pide al Padre que les dé «*otro* Paráclito» en su ausencia. Cristo es, pues, un Paráclito. De aquí se deduce una enseñanza dogmática de gran importancia; al ser el Paráclito *otro* Cristo, se sigue que es una *persona y divina* y, además, va a sustituir a Cristo en su oficio: continuar, en forma misteriosa, la misión de Cristo en los hombres.

Pero el contexto permite matizarlo más. Y es el «paralelo» v.26. Según él, esta misión es «docente». El Espíritu Santo «os *enseñará* todas las cosas y os *traerá a la memoria* todas las cosas que *os dije».* Se trata, pues, de una acción del Paráclito en ellos por una sugerencia interna, preferentemente al menos, si no exclusiva (Jn 16,13.14), de la enseñanza de Cristo. Por esta obra «docente» es por lo que el Paráclito es llamado aquí «Espíritu de verdad»; lo mismo que por ser el Espíritu de Cristo (Jn 16,13.14), que es «la Verdad» (Jn 16,4).

En cambio, el «mundo», que en Jn suele tener sentido peyorativo, no lo puede «recibir», porque, sumido en tinieblas y mentira (Jn 3,19; 8,44ss), no le «ve ni le conoce».

Pero a ellos, por la oración de Cristo, el Padre «se lo dará», para que esté con ellos para siempre.

Esta recepción del Espíritu Santo por los apóstoles en un futuro, ¿a qué se refiere? ¿A Pentecostés?

Sin embargo, el segundo hemistiquio de este mismo v.17 tiene una doble lectura refiriéndose al Paráclito:

«Vosotros *conocéis (o conoceréis)*
porque *permanece (o permanecerá)* en vosotros
y *está* (o *estará)* en vosotros».

Si se admite la lectura en *presente,* resulta que el Espíritu Santo, que se prometía para un *futuro,* ya lo «conocen», «está» en ellos, y «permanece» en ellos. Pero otros muchos códices de importancia lo leen en futuro.

Como no puede suponerse una divergencia conceptual entre estos hemistiquios, se trata de un «futuro inminente o próximo», que se formula frecuentemente por un presente.

Es el tema de la donación del Espíritu Santo, tan marcado en Jn, hasta decir que «el Espíritu aún *no había sido dado,* porque Jesús no había sido glorificado» (Jn 7,39); lo mismo que por la misión *doctrinal* con que aquí aparece, y por su paralelo con otros pasajes de este mismo discurso de la cena (Jn 15,26; 16,5-15), esta promesa futura se refiere a la donación *oficial* del Espíritu Santo en Pentecostés, pero prolongada indefinidamente en la Iglesia y en las almas de los que lo reciben.

Esta acción del Paráclito en ellos

«les *enseñará todas las cosas*
y os traerá a la memoria todas las cosas
que yo os dije».

El segundo hemistiquio es un caso de «paralelismo sinónimo» semita. En el mismo Jn se leen casos de hechos que los apóstoles, cuando Cristo los realizó, no los comprendieron; los comprendieron después de su resurrección y Pentecostés (Jn 2,22; 12,16).

¿A qué se refiere esta acción del Espíritu sobre «todas las cosas que os dije»? Cabrían dos precisiones:

O referirse a la enseñanza que Cristo hizo a los apóstoles en su período terreno (Jn 15,15; 4,25), incluso con las complementarias «revelaciones» que les hizo después de resucitado hasta la Ascensión (Act 1,3), o admitir nuevas revelaciones hechas directamente por el Espíritu a los apóstoles para completar el tesoro objetivo de la revelación. Pero el primer sentido, en su aspecto bimembre, es el que directamente está en situación y encuentra su complemento en el lugar «paralelo» del capítulo 16, en el que se dice que, al «venir» el Espíritu, en Pentecostés, comenzará su obra de «llevaros» *(hodegései),* conduciros, encaminaros, «hacia la verdad *completa,* porque no hablará de sí mismo, sino que... *tomará de lo mío* y os lo dará a conocer» (Jn

16,13.14). Es la función del Espíritu haciendo comprender a los apóstoles —a la Iglesia— el «sentido pleno» de la enseñanza y obra de Cristo.

Aunque literariamente estas palabras se dirigían a los apóstoles, hay datos que hacen ver que, como *promesa-doctrinal,* se refieren a la Iglesia.

En primer lugar, no se probaría esto por el solo hecho de decirles que permanecería con ellos (apóstoles) «para siempre». Pues éste es un término muy relativo. Así se lee frecuentemente: *'ebed 'olam,* «siervo eterno», y cuya eternidad sólo se refiere al período de su vida de siervo.

La primera razón es que, en varios de estos pasajes de Jn, las promesas aparecen entremezcladas literariamente, pues unas veces se dirigen a los apóstoles (v.15-17.26) y otras están en forma impersonal: «Si alguno me ama...» (v.21.23.24). Ya este sujeto indefinido es al que se le promete el amor suyo y el del Padre, lo mismo que el «manifestarse» a El, y el que en El «moren».

«Encuadradas, pues, estas promesas, en las que antes y después se habla del Paráclito *(inclusión semítica),* parece que, aunque literariamente se dirijan a los apóstoles, la *promesa-doctrinal* tiene la perspectiva universal de la Iglesia. Al menos en la comprensión e intención del evangelista al situarlas aquí, en esta perspectiva literaria, si es que ellas pudieran pertenecer a otro contexto histórico».

Esto encuentra una corroboración en las palabras que cita Lc después de la consagración eucarística: «Haced esto en memoria mía» (Lc 22,19; I Cor 11,24-25). Directamente se refieren a los apóstoles, y, sin embargo, el concilio de Trento *definió de fe* que con esas palabras Cristo no sólo ordenó sacerdotes a los apóstoles, sino que *con ellas* «preceptuó» que ellos y sus *sucesores* ofreciesen el sacrificio eucarístico.

A esto lleva la contraposición que establece entre ellos y el «mundo» para que éste no pueda «recibir» el Espíritu: la incompatibilidad con él. Por lo que parece seguirse que los que no tengan esa incompatibilidad —la Iglesia—, lo reciben; y se *confirma* con la acción del Espíritu, acreditada incluso con carismas (Gál 3,2.5) sobre tantas personas de la primitiva Iglesia, que no eran los apóstoles. Esto les hacía ver que el Espíritu «estaba con ellos» y les hacía «penetrar» los misterios de las enseñanzas de Cristo con sus carismas de revelación, profecías, etc. (I Cor 12 y 14).

Promesa de la «venida» del mismo Cristo (v. 18 -21)

Cristo promete también su «venida» a los apóstoles y a todo aquel «que recibe mis preceptos y los guarda». Como antes, la perspectiva rebasa el solo círculo apostólico. Va «a todo aquel» (v.21 ab) que «recibe» los preceptos de Cristo —«mis preceptos»; otra vez legisla los mismos preceptos de Dios como suyos— y los «guarda». La fe con obras es tema insistido en el evangelio de San Juan (Jn 3,8), lo mismo que en su primera epístola.

¿A qué se refiere esta «venida» de Cristo después de resucitado? A la parusía no. Ya que todos lo verán y será el momento de la definitiva reunión con él.

Se refiere o a las apariciones que hizo a los apóstoles y a otras personas —Magdalena, Santiago, a más de quinientos hermanos juntos (1 Cor 15,6.7)— o exclusivamente a una «manifestación» espiritual.

Sin embargo, la solución puede ser la conjunción de ambas hipótesis.

Pues el v.21 c, que habla en una forma impersonalizada y sapiencial —«el que...»—, supone una «venida» indefinida y espiritual. Pero el v.19, en que dice que dentro de poco el mundo no le verá, porque El va a la muerte, pero que ellos le verán, hace suponer que se refiere a las apariciones que les hizo resucitado.

Es verdad que el *modo* como los apóstoles y creyentes verán y tendrán esta presencia de Cristo es normal y fundamentalmente íntimo y espiritual. Pero tampoco se puede olvidar que la presencia sensible de Cristo *resucitado* es esporádica y de Cristo *espiritualizado.* Como no va contra esa presencia espiritual e íntima de Cristo en el creyente una manifestación de tipo carismático.

Los efectos o *frutos* de esta venida se los presenta en dos aspectos.

Uno es que «me veréis», porque yo vivo y vosotros *viviréis.* Siendo Cristo la Vida y no pudiendo hacerse nada «sin El», no obstante, después de la resurrección será el momento de la plenitud torrencial de todo tipo de gracias —toda vida espiritual y divina—, que se inaugurará cuando El «envíe» el Espíritu Santo. El vive después de la tragedia de la muerte, y porque El derrama, normal y totalmente, esa vida, es por lo que ellos vivirán henchidamente su vida.

Otro fruto es que «en aquel día» —frase usada en los profetas, con que se expresan las grandes intervenciones de Dios, y que, como aquí, puede indicar todo un período— vosotros «conoceréis» que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros» (v.20).

Por efecto de estas gracias que van a recibirse en abundancia después de Pentecostés —bien lo experimentaron en su plena transformación ese día los apóstoles—, van a comprender por efecto de gracias de todo tipo, iluminaciones intelectuales y experimentaciones sobrenaturales, aunque en grados diversos, lo que tanto les costaba comprender en vida de Cristo: que «él está con el Padre», que es el verdadero Hijo de Dios; que «el está con ellos» como Dios y como «Vid», que les dispensa toda gracia, sin cuya unión a El nada pueden sobrenaturalmente, y que «ellos están en El», por la necesidad de su unión vital de «sarmientos», y como «miembros» del Cuerpo místico. Y todo, aunque en grados diversos, sabido con certeza y experimentado de un modo íntimo y maravilloso.

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, *Biblia Comentada*, B.A.C.,

Madrid, 1964, p. 1234-1237)